LUCY MAUD MONTGOMERY

Ana la de Tejas Verdes

AUSTRAL

LUCY MAUD MONTGOMERY

ANA, LA DE TEJAS VERDES

Traducción
Ángela Esteller García

Certificado PEFC

Este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y fuentes controladas

PEFC™
PEFC/14-38-00305

www.pefc.es

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Anne of Green Gables*

© de la traducción: Ángela Esteller García, cedida por ANTONIO VALLARDI EDITORE, SRL (DUOMO EDICIONES)

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Austral / Área Editorial Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © Jesús Sotés
Primera edición en Austral: junio de 2023

Depósito legal: B. 9.701-2023
ISBN: 978-84-08-27237-3
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España

CAPÍTULO 1

La señora Rachel Lynde se lleva una sorpresa

La señora Rachel Lynde vivía justo donde la carretera principal de Avonlea se adentraba en una pequeña hondonada, punteada con alisos y fucsias, por la que discurría un arroyo que nacía en los bosques de la vieja propiedad de los Cuthbert. El arroyo era conocido por ser revuelto y rápido en su primer tramo, con cascadas que desembocaban en sombríos y ocultos remansos. Sin embargo, cuando llegaba a la hondonada donde vivían los Lynde, ya se había convertido en un pequeño riachuelo tranquilo y de cauce regular. Y es que ni siquiera un arroyuelo podía pasar por delante de la puerta de la señora Rachel Lynde sin tener debidamente en cuenta las normas básicas de la decencia y el decoro. Era como si el agua fuera consciente de que la señora Rachel estaba sentada detrás de la ventana con un ojo puesto en todo lo que pasaba por allí, desde riachuelos hasta niños, y, de notar algo extraño o fuera de lugar, no descansaría hasta averiguar el porqué.

En Avonlea, como ocurre en muchos otros lugares, hay gente capaz de desatender sus propios asuntos para dedicarse con tesón a los de su vecino. La señora Rachel

era del tipo de personas capaz de ocuparse al mismo tiempo de sus cosas y, por si fuera poco, de las de los otros. Era una ama de casa notable. El trabajo siempre estaba hecho y bien hecho. Dirigía el Club de Costura, ayudaba en la catequesis y era la principal valedora de la Sociedad de Ayuda a la Iglesia y a las Misiones Extranjeras. Sin embargo, pese a todas aquellas ocupaciones, la señora Rachel todavía encontraba tiempo para sentarse durante horas frente a la ventana de su cocina, tejiendo colchas de urdimbre de algodón —ya había tejido dieciséis, como solían decir con voz de asombro el resto de las amas de casa de Avonlea—, mientras vigilaba atentamente el camino principal que atravesaba el valle y serpenteaba por la empinada colina. Dado que Avonlea ocupaba una pequeña península con forma triangular y rodeada de agua a ambos lados que se adentraba en el golfo de San Lorenzo, cualquiera que saliera o entrara en ella tenía que tomar la carretera de la colina y sufrir el tormento de la atenta mirada de la señora Rachel.

Allí estaba sentada una tarde de principios del mes de julio. Los rayos de sol entraban por la ventana, cálidos y brillantes; el huerto de la ladera sobre la que se había erigido la casa lucía una explosión de flores blancas y rosadas, y sobre él zumbaban una miríada de abejas.

Thomas Lynde, un hombrecillo sumiso a quien la gente de Avonlea conocía como «el marido de Rachel Lynde», estaba esparciendo semillas de nabo tardío en el campo situado en la colina justo detrás del granero. Y Matthew Cuthbert debería haber estado sembrando el suyo en el

gran campo rojo del arroyo, junto a Tejas Verdes. La señora Rachel sabía que eso era lo que tenía que hacer porque, la noche anterior, en la tienda de William J. Blair, en Carmody, había oído cómo le decía a Peter Morrison que tenía la intención de sembrar sus semillas de nabo la tarde siguiente. Por supuesto, se lo había preguntado Peter, porque Matthew Cuthbert no era conocido por dar información así como así sobre cualquier cosa.

Y, sin embargo, allí estaba Matthew Cuthbert, a las tres y media de la tarde de una jornada de trabajo, conduciendo plácidamente por la hondonada colina arriba; es más, iba ataviado con su traje de los domingos, lo que era una prueba clara de que pensaba salir de Avonlea, y conducía el carruaje y la yegua alazana, lo que presagiaba que la distancia que recorrería era considerable. Pero ¿adónde iba Matthew Cuthbert y por qué?

De haber sido cualquier otro hombre de Avonlea, la señora Rachel habría atado algunos cabos y podría haber dado respuesta a las dos preguntas. Pero Matthew apenas abandonaba su casa, lo que significaba que debía de tratarse de un asunto urgente e inusual. Era el hombre más tímido sobre la faz de la Tierra, y odiaba tener que verse con extraños o ir a lugares donde tuviera que entablar conversación. El hecho de que Matthew fuera vestido de punto en blanco y condujera su carruaje era algo que no se veía a menudo. Por más que reflexionó, la señora Rachel no pudo sacar nada en claro, y aquello le estropeó la tarde.

—Me acercaré hasta Tejas Verdes después del té a ver

si Marilla me cuenta dónde ha ido y por qué —decidió por fin la respetable señora—. Normalmente no sale de la aldea en esta época del año y nunca nunca visita a nadie. De haberse quedado sin semillas, no se habría vestido así y no habría cogido el carruaje. E iba muy despacio para ir a buscar al médico. Pero algo ha tenido que suceder. Estoy completamente perpleja. No pararé hasta que no sepa qué se trae entre manos.

Así que, tal como había pensado, después de tomar el té, la señora Rachel se puso en marcha. No tenía que ir muy lejos: la casa llena de rincones y recovecos y rodeada de huertos que habitaban los Cuthbert estaba a apenas un kilómetro y medio de distancia de la hondonada de los Lynde, aunque el largo sendero cuesta arriba hacía que pareciera mucho más lejos. Cuando fijó su residencia, el padre de Matthew Cuthbert, igual de tímido y silencioso que el hijo, se había alejado tanto como había podido de sus vecinos sin llegar a retirarse a los bosques. Había construido Tejas Verdes en los confines de sus tierras y allí seguía, apenas visible desde el camino principal donde se situaban con gran sentido de la sociabilidad el resto de las casas de Avonlea. La señora Rachel Lynde no consideraba que vivir en aquel lugar fuera vivir de verdad.

—Solo es habitar, eso es lo que es —se dijo al pisar el viejo sendero cubierto de hierba y flanqueado por rosales silvestres—. No me extraña que Matthew y Marilla sean tan raros, viviendo como viven de aislados. Los árboles no dan mucha compañía, aunque quizá a ellos les baste con eso. Yo prefiero mirar a la gente. Evidentemente, parecen

contentos, aunque supongo que será por la costumbre. Como se suele decir, el hábito hace al monje.

Tras estos pensamientos, la señora Rachel abandonó el sendero y se adentró en el jardín trasero de Tejas Verdes, que era muy verde y estaba muy bien dispuesto y limpio, con grandes sauces a un lado y estirados chopos al otro. No se veía ni un palo ni una piedra, y de haberlas habido, la señora Rachel se habría dado cuenta. La señora Rachel sospechaba que Marilla Cuthbert barría aquel jardín tan a menudo como barría su casa. De haberlo deseado, se habría podido comer en el suelo.

La señora Rachel dio unos elegantes golpecitos en la puerta de la cocina y entró cuando la invitaron a hacerlo. La cocina de Tejas Verdes era una estancia alegre, o lo habría sido de no ser por estar tan dolorosamente limpia como para dar la impresión de no usarse nunca. Sus ventanas daban al este y al oeste. Por la que miraba hacia el oeste, hacia el jardín trasero, entraba la suave luz de junio. Pero la que daba al este, desde la que se podían admirar las flores blancas de los cerezos en el huerto y los esbeltos abedules, cuyas copas se movían al viento junto a la hondonada del arroyo, despedía tonos verdes a causa de una maraña de hiedra. Allí solía sentarse, cuando lo hacía, Marilla Cuthbert, siempre evitando de alguna manera los rayos del sol, los cuales le parecían demasiado juguetones e irresponsables para la seriedad con la que debía tomarse el mundo. Y allí la encontró la señora Rachel, tejiendo y con la mesa tras ella ya dispuesta para la cena.

Antes de cerrar la puerta, la señora Rachel ya había

tomado nota mental de todos los objetos sobre la mesa. Había tres platos, por lo que dedujo que Marilla debía de estar esperando que Matthew regresara acompañado. Pero eran platos de diario, y solo había mermelada de manzana agria y un tipo de pastel, por lo que dedujo que la compañía que se esperaba no debía ser extraordinaria. Entonces, ¿a qué venían las galas de Matthew y la yegua alazana? La señora Rachel no entendía nada de aquel misterio, tan poco habitual en la casa tranquila y poco misteriosa de Tejas Verdes.

—Buenas tardes, Rachel —dijo Marilla enérgicamente—. Qué tarde tan buena, ¿verdad? ¿Quieres sentarte? ¿Qué tal estáis?

Entre Marilla Cuthbert y la señora Rachel existía desde siempre algo que, a falta de otro nombre, podía llamarse amistad, a pesar —o quizá a causa— de que las dos mujeres eran muy diferentes.

Marilla era una mujer alta y delgada, angulosa y sin curvas. Su cabello oscuro dejaba ver algunas canas y siempre lo llevaba recogido en un pequeño y apretado moño que sostenía con dos horquillas clavadas sin piedad. Parecía, y lo era, una mujer de mente estrecha y conciencia rígida. Pero algo apenas imperceptible en el rictus de su boca indicaba cierto sentido del humor.

—Nosotros estamos bastante bien —dijo la señora Rachel—. Sois vosotros los que me preocupáis. Hoy he visto pasar a Matthew con el coche y he pensado que igual iba a buscar al médico.

Marilla hizo una mueca compresiva. Por supuesto, es-

peraba la visita de la señora Rachel. Sabía que si veía a Matthew partiendo tan inesperadamente, no podría soportar la curiosidad.

—Oh, no, estoy bien, aunque ayer tuve una jaqueca horrible —respondió—. Matthew ha ido a Bright River, a recoger a un niño procedente de un orfanato en Nueva Escocia que llega en el tren de esta tarde.

Si Marilla hubiese dicho que Matthew había ido a Bright River a recoger un canguro que llegaba de Australia, la señora Rachel no se habría sorprendido tanto. De hecho, durante cinco segundos enmudeció. Aunque no veía posible que Marilla se estuviese riendo de ella, la señora Rachel casi se sintió inclinada a creerlo.

—No lo dirás en serio, ¿verdad, Marilla? —preguntó cuando recobró la voz.

—Sí, por supuesto —dijo Marilla, como si lo de acoger niños de orfanatos de Nueva Escocia, en lugar de ser una novedad inaudita, formara parte de las tareas primaverales de cualquier granja de Avonlea.

La señora Rachel sintió que había recibido una fuerte impresión y sus pensamientos empezaron a formarse con signos exclamatorios. ¡Un niño! ¡Marilla y Matthew Cuthbert adoptando un niño! ¡De un orfanato! ¡El mundo se estaba volviendo loco! ¡Después de aquello, ya nada podría sorprenderla! ¡Nada!

—¿Y se puede saber quién os ha metido esa idea en la cabeza? —preguntó con tono de desaprobación.

Nadie le había pedido consejo en todo aquel asunto y, por tanto, no debía mostrarse a favor.

—Bueno, lo hemos estado pensando durante un tiempo..., de hecho, durante todo el invierno —explicó Marilla—. La señora de Alexander Spencer se pasó por aquí un día antes de Navidad y nos dijo que en primavera le enviarían a una niña del orfanato de Hopeton. Su prima vive allí, y la señora Spencer lo ha visitado y sabe cómo funciona. Así que Matthew y yo lo hablamos y nos decidimos por un chico. Ya sabes que Matthew se está haciendo mayor. Ya ha cumplido los sesenta, y no está tan ágil como antes. Tiene que cuidarse el corazón. Y ya sabes lo difícil que resulta contratar a alguien. Nadie se presta, excepto algún estúpido muchacho a medio desarrollar. Y tan pronto como consigues que se acostumbre y aprenda algo, se marcha a las fábricas de conservas de langostas o a Estados Unidos. Al principio, Matthew sugirió un chiquillo de Inglaterra, pero yo me negué rotundamente. Le dije: «Puede que sean buenos chicos, no estoy diciendo que no, pero nada de vagabundos londinenses. Al menos, que sea de aquí. Correremos un riesgo, seguro, pero me sentiré más cómoda y dormiré mejor por las noches si es canadiense». Así que al final decidimos pedirle a la señora Spencer que, cuando fuera a recoger a su pequeña, nos trajera un muchacho. La semana pasada supimos que iría y le mandamos una nota a través de los familiares de Richard Spencer en Carmody para que nos trajera un niño de diez u once años a poder ser. Resolvimos que esa sería la mejor edad: lo bastante mayor para ayudarnos en algunas tareas y lo bastante joven como para poder educarlo. Pensamos darle casa y educación. Hoy el cartero nos ha traído un telegrama de la señora

Spencer directamente de la estación diciéndonos que llegan en el tren de las cinco y media de la tarde. Así que Matthew ha ido a Bright River. La señora Spencer, que continúa hasta White Sands, lo dejará en la estación.

La señora Rachel se enorgullecía de decir siempre lo que pensaba, así que empezó a hablar, ajustando su comportamiento a aquellas sorprendentes noticias.

—Mira, Marilla, te voy a decir claramente lo que pienso. Pienso que estáis cometiendo un terrible error; es más, que os estáis arriesgando. No sabéis qué os va a tocar. Vais a dejar entrar a un chiquillo extraño en vuestro hogar y no sabéis nada de él, ni qué carácter tiene, ni los padres que tuvo ni en qué se convertirá. La semana pasada sin ir más lejos leí en el periódico que un matrimonio del oeste de la isla adoptó a un niño del orfanato que les incendió la casa a propósito, Marilla, y casi ardieron en su propia cama. Y conozco de otro caso de un muchacho adoptado que le dio por sorber huevos, y no hubo manera de quitarle la costumbre. De haberme pedido consejo, algo que no hiciste, Marilla, te habría dicho que por el amor de Dios te olvidaras de la idea. Eso es lo que te habría dicho.

Aquellas palabras no parecieron ni ofender ni alarmar a Marilla, que siguió tejiendo.

—No te digo que no lleves razón, Rachel. Yo misma he tenido mis dudas y preocupaciones. Pero Matthew parecía firmemente decidido, así que cedí. Es tan raro que Matthew se empecine en algo que, cuando lo hace, siempre siento que es mi obligación ceder. Y en lo que respecta a los riesgos, siempre los hay. Hay riesgos en tener hijos

propios, y no siempre resultan en lo que los padres esperaban. Y Nueva Escocia está justo aquí al lado. No es que venga de Inglaterra o de Estados Unidos. No puede ser muy distinto de nosotros.

—Bueno, espero que todo salga bien —dijo la señora Rachel en un tono que indicaba claramente sus dudas—, pero si incendia Tejas Verdes o echa estricnina en el pozo no digas que no te lo advertí. Oí un caso en New Brunswick de un huérfano que hizo esto último y toda la familia murió tras una horrible agonía. Solo que en aquella ocasión fue una niña.

—Bueno, en nuestro caso no será una niña —objetó Marilla, como si el envenenar pozos fuera una tarea exclusivamente femenina y que, por tanto, quedaba fuera de consideración en el caso de un niño—. Ni me planteo en criar a una niña. Me maravilla que la señora de Alexander Spencer lo haga. Aunque la verdad es que ella no dudaría en adoptar a todo el orfanato si la idea le cruzara por la mente.

A la señora Rachel le habría encantado quedarse hasta que Matthew regresara con el huérfano. Sin embargo, pensó que quizá tendría que esperar dos horas largas y decidió ir a casa de Robert Bell a contarles la nueva. Le encantaba ser la primera en explicar las cosas, y aquella causaría sensación. Así que se marchó, para alivio de Marilla, que había sentido cómo sus dudas e inquietudes revivían bajo la influencia pesimista de la señora Rachel.

—¡Vaya, vaya! ¡Por el amor de Dios! —exclamó la señora Rachel cuando estuvo de vuelta en el sendero y ya

nadie podía oírla—. Si hasta parece que lo esté soñando. Bueno, pues lo siento mucho por el pequeño y no me equivoco. Matthew y Marilla no saben nada de criar a niños y confían en que será el más inteligente y juicioso, si es que tiene cerebro, lo que es dudoso. ¡Y pensar que va a haber un niño en Tejas Verdes! Jamás ha habido uno allí. Matthew y Marilla ya tenían cierta edad cuando la familia construyó la nueva casa. Y cuesta creer que ellos mismos hayan sido niños alguna vez. ¡Pobre huérfano! No me gustaría nada estar en su lugar...

La señora Rachel dijo todo aquello a los rosales silvestres desde lo más profundo de su corazón, pero de haber visto a la criatura que esperaba pacientemente en la estación de Bright River en aquel preciso momento, su compasión todavía habría sido más profunda y sentida.